

# EL PAIS VASCO-NAVARRO

JAUNGOICOA ETA FUEROAC.

AÑO I.

23 DE FEBRERO DE 1870.

NÚM. 6.

## SUMARIO.

TEXTO.—*La lengua provenzal*, por D. Pablo Ibarregui.—*El puente de Miluce*, por D. J. Iturralde S.—*Vista antigua de Lequeitio*.—*Gutaria*.—*Los partidos y la situación*, por D. U. N.—*Revista bibliográfica*, por D. Juan Cancio Mena.—*Los indianos* (continuación).—*Madrid*.—*Advertencias*.

GRABADOS.—*Lequeitio*.—*Guetaria*.

## LA LENGUA PROVENZAL EN NAVARRA.

D. Sancho Ramirez, rey de Aragon y de Navarra, con el deseo de fomentar la poblacion de este pais, á medida que se iba reconquistando del poder de los moros, intentó en 1090 fundar un pueblo de francos, en el lugar llamado Lizarra, pensamiento que despues llevó á cabo con mayor estension y fortuna D. Sancho el Sábio, concediendo á los pobladores francos de Estella, en 1164, el mismo privilegio que el referido monarca habia otorgado á los de Lizarra.

Ya antes de esta fecha, ó sea en 1129, el animoso D. Alonso el Batallador estableció otra poblacion de francos en el llano de Iruña, denominado Burgo de San Cernin, ó de San Saturnino de Pamplona; y en estos fueros de poblacion, se previene con insistencia que entre los francos no debia vivir ningun navarro, clérigo, soldado ni infanzon. Esta disposicion legislativa no podia tener otro objeto sino el de facilitar la concurrencia de dicha clase de moradores, poniéndolos al abrigo de los inconvenientes que producen naturalmente dentro de un pueblo la mezcla de razas diferentes, y los intereses encontrados de las per-

sonas que gozan de diversa condicion social.

Sábese por otros datos históricos, que los francos fueron en aquellos primeros tiempos extranjeros, procedentes en su mayor parte de los paises meridionales de la Galia, en los cuales se hablaban vulgarmente los patués del dialecto provenzal; y como en su nueva patria de Navarra vivieron aislados de los demás habitantes, no puede dudarse que conservaron su lengua por largo tiempo, introduciendo tambien muchas voces y modismos de ella en la comun ó castellana, que fué la dominante.

Esta influencia debió ser bastante poderosa en aquellos albores del romance de Castilla, porque los francos no estaban limitados á los pueblos que hemos mencionado, sino que los habia tambien en Sangüesa, Tafalla, Los Arcos, Puente la Reina y otros muchos de Navarra; de manera que puestos en contacto de tantas partes con los verdaderos naturales del pais, necesariamente debieron dejar, en el lenguaje vulgar, las huellas indelebles de su existencia y comercio social.

Extinguida la dinastia navarra en D. Sancho el Fuerte, que murió sin hijos en 1234, entró á reinar su sobrino D. Teobaldo, conde de Champaña, aficionadísimo á la poesia vulgar de los truveres; y como en aquel tiempo estaba muy en boga tambien la de los trovadores en todas las cortes del mediodia de la Francia, y en la de Aragon, puede pensarse sin violencia que no lo estaria menos en la de Navarra, á donde naturalmente debian concurrir muchos personajes notables de aquellos paises, por las relaciones que mantenian con el soberano.

Esto mismo debió suceder tambien en los reinados de D. Teobaldo II y de D. Enrique,

y los documentos que nos quedan de aquellos tiempos, manifiestan la exactitud y verdad de estas aseveraciones.

Al fallecimiento de este último rey, ocurrido en 22 de Julio de 1274, quedó por sucesora del trono su hija Doña Juana, niña de dos años, y su madre Doña Blanca nombró gobernador del reino á D. Pedro Sanchez de Monteagudo, señor de Cascante; nombramiento que fué confirmado por las Córtes. Pero las rivalidades de los nobles y las aspiraciones de la corte de Castilla, que tenia poderosos partidarios, agitaron el pais en tan alto grado, que la reina viuda, temiendo las consecuencias de esta situacion, huyó del reino con su hija, y se puso bajo la proteccion del rey don Felipe de Francia, su primo, quien poco despues, á instancia de los mismos navarros, destituyó del mando á D. Pedro Sanchez, y nombró en su lugar al caballero francés *Eustache de Beumarché*, conocido en castellano con el nombre de Eustaquio de Bellamarca. El nuevo gobernador se hallaba ya en Navarra por la primavera de 1276; pero su presencia, lejos de haber aplacado los ánimos y destruido el germen de la discordia, solo sirvió para que estallase con mayores bríos, declarándose la mayor parte de la nobleza en abierta rebelion, sostenida por los habitantes de la poblacion de la Navarrería de Pamplona, eterna rival y enemiga irreconciliable de los del Burgo de San Saturnino, donde se refugió el referido gobernador.

Entronizada la guerra civil dentro de la capital, mantúvose con todos sus horrores por algunos meses, hasta que, habiendo llegado un ejército francés en auxilio del gobernador, se puso término á ella; no sin haber quedado



ENTRADA N.º 368

casi del todo destruida la antiquísima ciudad de la Navarrería, después de haberse cometido toda clase de tropelías y excesos con sus habitantes.

Entre los partidarios del gobierno francés, que vinieron con su acompañamiento, existía el trovador Guillermo Anelier de Tolosa, quien deseando cantar los trances y sucesos de la contienda en que figuró como guerrero, compuso un poema en lenguaje provenzal, de que no se tenía el menor conocimiento hasta que fué hallado en la librería del monasterio de Fitero. Este poema, que forma un volumen de 145 hojas en pergamino, escrito con caracteres del siglo XIII, se halla actualmente en la Academia de la Historia, y es un testimonio auténtico de que en Navarra eran por aquel tiempo usadas la lengua y poesía de los trovadores provenzales. Y para que nuestros lectores tengan algún conocimiento de la forma poética de dicha composición, insertamos á continuación los cuatro primeros versos con que principia:

«Jesucrist ques mon paire et vera trinitatz,  
E ver Dios e ver oms e vera unitatz  
Ma dat sen e saber queu sia aprimatatz  
En entendre razos e en far motz doblatz.»

Los poemas caballerescos son comunes en dicha lengua, pero de los históricos solo se conocen dos, esto es, el mencionado de Anelier y el de la cruzada contra los herejes albigenses, compuesto por Guillermo de Tudela, en 1210, y publicado con una traducción en lengua francesa en 1837 por el eminente literato Mr. Faurel, individuo del Instituto. Pretendió este, en el erudito prólogo que precede á la edición, quitar á Navarra la gloria de haber dado el ser al autor del poema; pero en otro artículo que nos reservamos publicar haremos ver que sus razones carecen de suficiente solidez para el intento, y que nuestro país debe figurar entre los que cultivaron con honra la poesía trovadoresca.

A este propósito dice el Sr. Milá y Fontanals, en su apreciable libro titulado *De los trovadores en España*, que la corte de Navarra, tal vez menos espléndida que la de Castilla, no ofrecía tantos alicientes á los trovadores, que la mencionan con poca frecuencia, pero que sin embargo, es citada honrosamente por algunos desde el reinado de D. Sancho el Fuerte, y al efecto refiere dos pasajes de las composiciones poéticas de Giraldo Borneil y Pedro Vidal. A estos pudiera haber añadido otro de más valía tomado del poema de Guillermo de Tudela, que hablando del referido monarca navarro dice que es el mejor caballero que montó jamás en silla, con otras alabanzas muy honrosas. Y para no incurrir en la tacha de prolijos, trascribimos á continuación solo los cuatro primeros versos de este pasaje, que son los siguientes:

«Aisi com o retrais mestre Pons de Mela  
Que lavia tramis lo reis qui te Tudela,  
Senher de Pampalona del castel de la Estela,  
Lo mielher cavalers que anc montes en cela.»

Con lo dicho creemos haber demostrado suficientemente el uso de la lengua provenzal

en nuestro país y la influencia que ejerció en el lenguaje comun castellano en los primeros tiempos de su formación.

PABLO ILARREGUI.

## EL PUENTE DE MILUCE.

TRADICION HISTÓRICA.

I.

Un día del mes de Abril del año de gracia de 1351, las tortuosas calles de Pamplona, tan silenciosas como de costumbre, presentaban una animación extraordinaria.

Numerosos grupos estacionaban delante del palacio del rey, y casi era imposible el transitar por delante de la casa del *Chapitel*. (1)

Pecheros é infanzones, hijosdalgo y ruanos discutían con igual calor, é interesante por demás debía ser el asunto, cuando así se confundían, olvidándose de la distancia que á sus diversas clases separaba.

¿Era un público regocijo lo que allí los congregaba? El irritado aspecto de algunos, la tristeza que se reflejaba en el semblante de los otros persuadían bien pronto de lo contrario.

¿Amenazaba tal vez algún peligro á su buena villa y se preparaban á afrontarlo, ó iba á tener lugar una de aquellas horribles luchas entre los barrios; luchas fratricidas que tan triste recuerdo han dejado y que tantas veces enrojecieron las calles de Pamplona? Tampoco podían ser estos los motivos de tanta agitación; pues en los grupos no se notaban preparativos belicosos, y habitantes de la Navarrería y San Cernin, de San Miguel y la Población, se buscaban y departían fraternalmente cual si nunca hubieran estado enemistados.

Un interés comun y de alta importancia reunía indudablemente á aquellos hombres que con tanto recelo se miraban habitualmente, y así era en efecto; se trataba de una violación del *Fuero*, y los pamploneses todos se unían para hacer respetar este Código sagrado, garantía de sus libertades, que los reyes los primeros estaban obligados á guardar.

Aquel día debía llegar de vuelta de una corta expedición D. Carlos II, y los habitantes de la ciudad se preparaban á pedirle el castigo de los que, encargados del gobierno durante su ausencia, habían osado faltar á la observancia estricta de los fueros.

Ya á la muerte de la reina doña Juana había estallado una sedición por el mismo motivo, y mosen Juan de Conflans, señor de Basompierre, gobernador del reino hasta la coronación de D. Carlos, había tenido que obrar con esquisita prudencia para no dar lugar á nuevas complicaciones en Navarra.

D. Carlos, coronado en la catedral de Pamplona á 27 de Junio de 1350, había empezado su reinado aplicándose á la administración de justicia, algún tanto relajada, y al buen gobierno de sus estados; así es que en los momentos en que pasa la escena que describimos, los navarros, confiados en su rectitud, esperaban impacientes su llegada.

La ciudad tomaba por momentos mayor animación, y á los numerosos grupos que se veían

(1) Edificio destinado por el rey á la venta de granos: estaba situado en la Navarrería.

cruzar por las *ruas* de la *Tornaría* y *San Gil* venían á unirse los habitantes del arrabal de Yus la Rocha. Solo un extremo de la antigua ciudad permanecía silencioso cual si fuese indiferente á lo que en ella se iba á decidir: la Judería.

Había sido esta reedificada poco hacia, y comprendiendo sus astutos moradores que los pamploneses trataban de hacer una reclamación que tal vez desagradara al rey, se mostraban reservados y se encerraban cautelosamente en sus pobres viviendas.

El movimiento se reconcentró en el portal y torre de *la Galea*, y el sordo murmullo que se escuchaba, era buena prueba de que se discutía con calor.

Algunos infanzones que aparecieron en la esquina de la *rua* de las *Pellelerías* fueron aclamados con entusiasmo, y se dirigieron al claustro del antiguo templo que daba su nombre al Burgo de San Cernin.

—¿Sabeis, decía un alborotado jóven llamado Juanicot en medio del grupo más numeroso, que Remón de Gazolaz se niega á presentarse al rey para reclamar justicia?

—Será respeto, dijo un anciano.

—O temor, repuso otro.

—O interés, añadió el malicioso jóven. ¿No sabeis que Remón ha sido hecho infanzon da abarca? Pues ese es el secreto: teme desagradar al que le ha ennoblecido y no se acuerda de los labradores, sus antiguos compañeros; respeta más al rey que al Fuero...

—Calla, mala lengua, y ayúdame á bajar de este mulo; dijo en aquel momento un venerable y corpulento anciano, que no era otro que mosen Montolin, prior de San Juan, el cual había escuchado las últimas palabras de Juanicot; calla y sé más prudente. Remón de Gazolaz obra bien; que al fin los reyes representan á Dios en la tierra y Dios manda respetarlos.

—Si ellos atienden al pueblo.

—¿A que no adivinais, dijo el jóven apenas se hubo alejado el prior, por qué ama tanto mosen Montolin á nuestro señor el rey? Pues no es más sino por ciertas alhajas que le dió cuando su coronación y por ese hermoso mulo que también le regaló por entonces; y notad que si el rey representa á Dios, según él dice, el mulo debe representar al rey; pues yo me sé que cuando el animal relincha el prior se inclina como si oyera su voz.

Una carcajada acogió las últimas palabras de Juanicot, quien sin embargo se escapó ligero para evitar la corrección que merecían sus insolencias, y fué á reunirse á otro grupo donde poder continuar sus críticas.

Los que le habían escuchado se pusieron también en movimiento, murmurando: «ese mozo es un maldiciente y acabará mal; pero no deja de decir verdades». Solo puede hablar con energía al rey quien nada haya recibido de él; que las dádivas de los grandes sellan los labios de los pequeños.

El tiempo iba pasando entretanto y toda aquella gente que había discutido sobre la conveniencia de enviar comisionados que hicieran presentes sus quejas al monarca navarro, se ocupaba ahora de la elección de las personas que debían representar á la ciudad.

Las opiniones estaban divididas: unos querían que fuesen los *jurados* de esta, y otros

preferían á los priores de los conventos acompañados de algunos infanzones.

Las dudas se prolongaban mas y mas, cuando un honrado mercadero del barrio de la *Brulleria*, conocido por su carácter inependiente gritó con entereza:—Los enviados deben ser los mismos que promovieron la sedición á la muerte de la señora reina doña Juana. ¡No serán ellos ciertamente los que se humillen ante el rey si este no hace justicia: tienen probado su amor á los Fueros y ninguno merece mejor la confianza de la ciudad.

Un murmullo de aprobacion contestó á las palabras del mercadero, y las turbas se dirigieron á los claustros de San Cernin, donde aquellos se encontraban.

Eran estos Beltran de Rocafort, Ojer de Mendiondo, Remiro de Asiain, Tristan de Aibar, Yéñego Loyana y otros varios caballeros de noble sangre.

El cariño que el pueblo todo les profesaba era grande, como lo probaban las aclamaciones de que habian sido objeto al atravesar la apiñada multitud, y la confianza en ellos, ilimitada.

Al saber la mision que se les confiaba, juraron sostener los ultrajados fueros del pueblo con su energía acostumbrada, y se prepararon á salir al encuentro del monarca navarro, que lentamente se dirigia á su ciudad.

## II.

A media legua próximamente de Pamplona, y en el camino que conduce al pueblo de Orcoyen, se elevaba un puente que reflejaba en las adormidas aguas del Arga sus arcos cubiertos de hiedra y el sombrío torreón que, como á todos los de aquella época, lo defendía.

Por este puente debía pasar el rey D. Carlos II al regresar de su expedicion, y ese fué el sitio que los enviados del pueblo escogieron para esperarle.

Poco hacia que aguardaban la llegada del monarca, bajo la rebajada ojiva que daba entrada á la torre, cuando se descubrió á aquel, montado en un brioso caballo y seguido de una lucida comitiva.

Presentaba esta el aspecto mas extraño y pintoresco. Entre los caballeros y hombres de armas venian algunos religiosos y yuglares; tras de ellos el *chambarlen* del rey; su médico, viejo judío; el *maestre hostel*, el *echanzon*, el *cambradín*ero ó tesorero, y varios pajes y palafreneros, cerrando la marcha unos cuantos villanos que sostenian pesadas jaulas en donde iban encerrados monos, tigres y otros animales feroces (1).

El rey penetró en el puente, y adelantándose entonces los infanzones, pusieron una rodilla en tierra, descubriéronse respetuosamente y espusieron sus quejas con energía, reclamando justicia.

Era D. Carlos joven, casi un niño, pero en su semblante se adivinaba ya su carácter duro, su génio irascible. Una espesa cabellera

negra hacía resaltar la palidez de su rostro, y en sus inquietos ojos se retrataba una extraña expresión de fiera.

Las incomodidades del viaje y el cansancio le hacían desear la llegada á su palacio; así es que la detención en el puente le contrarió y predispuso desfavorablemente. Sin embargo, se preparó á escuchar á los enviados de Pamplona, pero al reconocer entre ellos á los que habian capitaneado la sedición ocurrida al morir su madre, sus labios se contrajeron y un temblor convulsivo agitó sus miembros.

Desde las primeras palabras su irritación fué creciendo, y antes de que concluyeran la exposición de sus agravios, dando un violento golpe con su crispado puño en el arzon, exclamó con ronca voz:

—¿Sabeis, villanos, que teneis la lengua sobrada larga y que á quien con tan poco respeto habla á su rey debería serle arrancada?

—Señor, replicó con nobleza Tristan de Aibar, poco conseguiríais con ello; sería menester que la arrancarais á todos los habitantes de Pamplona si habiais de acallar las justas quejas de los que ven hollados los fueros que poco hace jurásteis vos mismo conservar.

—¡Miserables! dijo D. Carlos; voy á mandaros colgar de los matacanes de la torre para que mi pueblo sepa que no le temo y aprenda á respetar á su señor.

—Podeis hacerlo, pero ni aun así lograríais vuestro intento; no tememos la muerte; recordad, señor, que vos...

—¡A la horca! gritó fuera de sí el monarca; y tembloroso, con los ojos fuera de su órbita y el rostro lívido, volvióse á sus arqueros, y señalando á los enviados repitió con voz entrecortada:—¡Colgadlos de esa torre!

Los arqueros titubeaban. Aquellos hombres á quienes se mandaba ahorcar pertenecían á las casas mas nobles de Navarra: todos habian sido testigos de su valor en las frecuentes luchas que en esa época ensangrentaban el reino: recordaban los combates en que habian peleado juntos y no se resolvían á poner en ellos sus manos.

Sin embargo, un gesto imperioso de su señor acabó de decidirlos.

Los caballeros no hicieron resistencia y se dejaron conducir al interior de la torre.

Un sepulcral silencio reinaba en torno de ellos y solo se escuchaba el murmurio argentino de las aguas que lamian los robustos machones del puente.

En aquel momento el confesor del rey, venerable religioso que, segun la costumbre de la época, le acompañaba en todos sus viajes, se acercó á este y con suplicante voz le dijo:

—Apiedad, señor, de esos desgraciados; pensad que sobre los reyes está Dios, y que llegará un día en que tambien vos habeis de ser juzgado!

El rey fijó sus centelleantes ojos en el religioso; calló un momento como sorprendido de que hubiese quien osara contrariarle, y al fin murmuró:

—El que se atreva á interceder por esos miserables les acompañará en lo alto de la torre.

En aquel instante aparecian sobre la plataforma de esta, las desgraciadas víctimas. Los preparativos de la terrible ejecución estaban

terminados y los arqueros pasaban el lazo fatal á la garganta de los infelices condenados á ser *aforcados*. Un segundo despues, un movimiento rápido de los arqueros los lanzaba al espacio, y segun el deseo del rey, los nobles infanzones colgaban de los negruzcos matacanes.

Un grito de horror resonó entonces, y un rugido de cólera salió del honrado pecho de los pocos pamploneses que habian acompañado á los enviados de la ciudad.

Los labradores y ruanos apostrofaban á su rey con las palabras mas violentas de la enérgica lengua vascongada, y su aspecto era amenazador.

Bien pronto se sabia con espanto en la ciudad el drama horrible que acababa de tener lugar, y de todos los barrios se lanzaba el pueblo en dirección al puente.

En medio del clamoreo, una voz dominaba á las demás: ¡cuerdas! gritaban de todas partes; ¡cuerdas! se repetía en castellano y en euskaro; ¡cuerdas para aforcar al rey D. Carlos... el *Malo*, como él ha ahorcado á los infanzones buenos!

Y el pueblo justiciero daba aquel día á su rey el dictado que ya no debía separarse de su nombre, y con el que se le habia de distinguir en la historia.

D. Carlos sentía ya la enormidad de lo que habia hecho, y como una tormenta lejana, escuchaba la gritería de los que venían á su encuentro para vengar aquellas muertes. Conoció hasta dónde llegaba la inmensa cólera de sus vasallos, y se sintió perdido.

Comparó las fuerzas que componían su comitiva, con las turbas que en tropel se dirigían á aquel sitio, y comprendió que toda resistencia era inútil.

Entonces, tembloroso, volvió la rienda á su caballo, atravesó de nuevo el puente, y seguido de alguno de sus hombres de armas, se lanzó á escape en dirección á las montañas, y pronto desapareció entre las quebraduras del terreno.

Mientras esto sucedía, los pamploneses llegaban al sitio donde habia tenido lugar la sangrienta ejecución. Un espectáculo horrible se presentó á sus ojos. Beltran de Rocafort, Remiro de Asiain, Tristan de Aibar, Ojer de Mendiondo, Yéñego Loyana y sus compañeros pendían de lo alto de la torre.

El viento los balanceaba mansamente, y al pasar por entre los trebolados matacanes, lanzaba un gemido, que parecia el sollozo de aquellos desgraciados.

Su aspecto era espantoso: en sus amoratados rostros se retrataban las convulsiones de la agonía, y de sus bocas salía una espuma rojiza.

Un detalle, sobre todo, horrorizó á la multitud. Todos ellos tenían colgando la lengua sobre el pecho. ¡Todos tenían la *lengua larga*, como les habia dicho el rey!

La impresión que este detalle causara á los pamploneses, no se olvidó jamás, y desde aquel día, el pueblo dió al puente el nombre que más gráficamente expresa el recuerdo que queria perpetuar. *Miluce*: voz vascongada compuesta de *Mi*, lengua; y *luce*, larga.

El puente subsiste todavía, aunque transformado; la torre que lo defendía ha desaparecido, pero su nombre se conserva como para re-

(1) Era comun en aquella época el que los reyes tuvieran fieras en sus palacios, y D. Carlos II fué, á lo que parece, muy aficionado á ellas, pues en el archivo de la Cámara de Comptos, de Pamplona, se conserva un documento por el que consta que este rey mandó hacer *unas andas para conducir las á donde quiera que fuese*.

coronar á las generaciones el crimen de un rey, y el noble espíritu de independencia del esforzado pueblo navarro.

### III.

D. Carlos el Malo, perseguido por sus vasallos, tuvo que refugiarse en Francia, y mas tarde, cuando ya la irritacion popular se iba calmando, volvió otra vez á Pamplona.

Su reinado es una excepcion en la historia de la monarquía navarra, donde tan cariñosa union ha existido siempre entre los reyes y el pueblo. Sin embargo, lo sucedido en el puente de Miluce debió servirle de severa leccion, y

los bañistas en la estacion del verano, y en sus alrededores los paseos y jardines la prestan el mayor encanto.

La iglesia parroquial, dedicada á Nuestra Señora de la Asuncion, es obra muy suntuosa; tiene tres naves y fué fundada por los años 730 y consagrada en 1289: su retablo mayor es gótico, filigranado, de mucho mérito, siendo notable en el colateral de la derecha la milagrosa imágen de Nuestra Señora de la Antigua, cuya aparicion se verificó á fines del siglo VIII, en el Arrenal, sobre un espino. Entre los hermosos paseos que tiene la poblacion ofrecen las vistas mas pintorescas el paseo de las Atalayas, el del Monte Calvario, el del

será el preferido, nos mueven á dedicarle dos grabados. Hoy publicamos el que representa el golpe de vista que ofrecia antes de las reformas. La iglesia subsiste tal como la presentamos: el edificio que se vé á la izquierda con cinco ventanas, ha desaparecido; el magnífico palacio del Sr. Uribarren ocupa el espacio que en el grabado indica el primer término. La casa que se vé á la derecha tiene hoy dos pisos: en el primero reside el Ayuntamiento, en el segundo el Casino. Detrás aparece el antiguo convento de jesuitas. Cuando publiquemos la vista moderna de Lequeitio, nuestros lectores podrán cotejarla con la que hoy reproducimos como un dato histórico, y



Vista antigua de Lequeitio.

á pesar de los negros colores con que algunos historiadores lo presentan, resaltan mas tarde en su carácter grandes cualidades.

Los documentos que hallamos en los archivos acreditan su piedad religiosa, su liberalidad, su justicia y su aficion á las artes y á la agricultura.

Las continuas guerras á que le arrastraron su carácter ardiente y su génio belicoso, le empobrecieron hasta el punto de tener que empeñar su cinturón de plata, y verse obligado á pedir dinero para rescatarlo!

Su muerte ha sido asunto de graves disertaciones entre los historiadores, sosteniendo algunos de ellos que pereció abrasado en su lecho, en el palacio de Pamplona.

J. ITURRALDE S.

## LEQUEITIO.

A nueve leguas y media de Bilbao, entre los montes de Lumencha y Otoy que la cercan, se halla situada la hermosa y pintoresca villa de Lequeitio, una de las mas templadas y agradables de la costa de Cantabria, siendo además muy sana y ventilada. A sus piés se estiende una alegre playa muy concurrida por

Astillero, el de la isla de San Nicolás y el de Santa Catalina.

Lequeitio es la villa de Vizcaya que mas mejoras ha obtenido de diez ó doce años á esta parte. Un hombre cuya memoria será siempre saludada con bendiciones, el Sr. D. Javier Uribarren, ha gastado muchos millones en el embellecimiento de la villa; y al morir, ha repartido tanto su inmensa fortuna, que puede decirse que ha hecho felices á casi todos los habitantes de Lequeitio. Solo para los pobres, dejó á su muerte once millones. El llevó las aguas á la villa, costeó el magnífico órgano de la parroquia y el del antiguo convento de padres jesuitas, ocupado hoy por las hermanas de la Caridad dedicadas á la enseñanza; mandó construir un espacioso y cómodo lavadero, dotó á la villa de un hospital, y por último, embelleció la hermosa vista que presenta la poblacion desde la isla de San Nicolás, con el suntuoso palacio que fascina y asombra á cuantos pasan en las embarcaciones por delante de Lequeitio.

Las trasformaciones rápidas y bienhechoras que se han operado en esta villa; la importancia que tiene, porque cuando los españoles nos resolvamos á ser españoles y dejemos á San Juan de Luz y á Biarritz por los pintorescos puertos de la costa cantábrica, Lequeitio

comprenderán entonces cuánta gratitud deben los habitantes de la villa á sus protectores. No basta que se conserven los retratos del señor Uribarren y su esposa en el Ayuntamiento; deberian erigirles estatuas, y aun seria poco.

## GUETARIA.

Casi en el centro del seno que termina por el E. en el cabo de Higer y por el O. con el de Machichaco, hay una espaciosa bahía con un buen fondeadero para embarcaciones mayores, y abrigada de los vientos por el monte de San Anton. A la orilla de esta bahía está situada la villa de Guetaria, en un terreno pendiente, con descenso hácia el N. y elevacion por E. y O., por cuyo punto se eleva á mucha altura sobre el nivel del mar, ofreciendo una escarpada base. El clima de esta villa es sano, pero muy húmedo.

Las guerras civiles, que tantas y tan lamentables desgracias atraen sobre los pueblos, han causado grandísimos daños á Guetaria, que en distintas épocas ha sufrido incendios y tristes vicisitudes. Esta linda poblacion, patria del ilustre marino Sebastian Elcano, tenia mayor poblacion que la que hoy tiene en el siglo XVI, pero un incendio ocurrido en 5 de Enero de

1597 destruyó una gran parte de sus edificios. En 1835 tenía intramuros unas 130 casas, y extramuros unas 34 y 60 cortijos ó caseríos, pero á fines de dicho año 35 fué quemado y destruido todo el barrio extramuros por órden del gobernador nombrado por el gobierno de la reina. En el sitio puesto por los carlistas en el mismo año sufrió la villa otro nuevo incendio, no dejando en pié sino 16 casas medio derruidas. En estos últimos años se han restaurado muchos edificios, si bien todavía no se han reparado tantos siniestros; ofrece, sin embargo, la poblacion una bella apariencia. Aun se conserva, aunque muy deteriorada, y merece especial mencion, su hermosísima par-

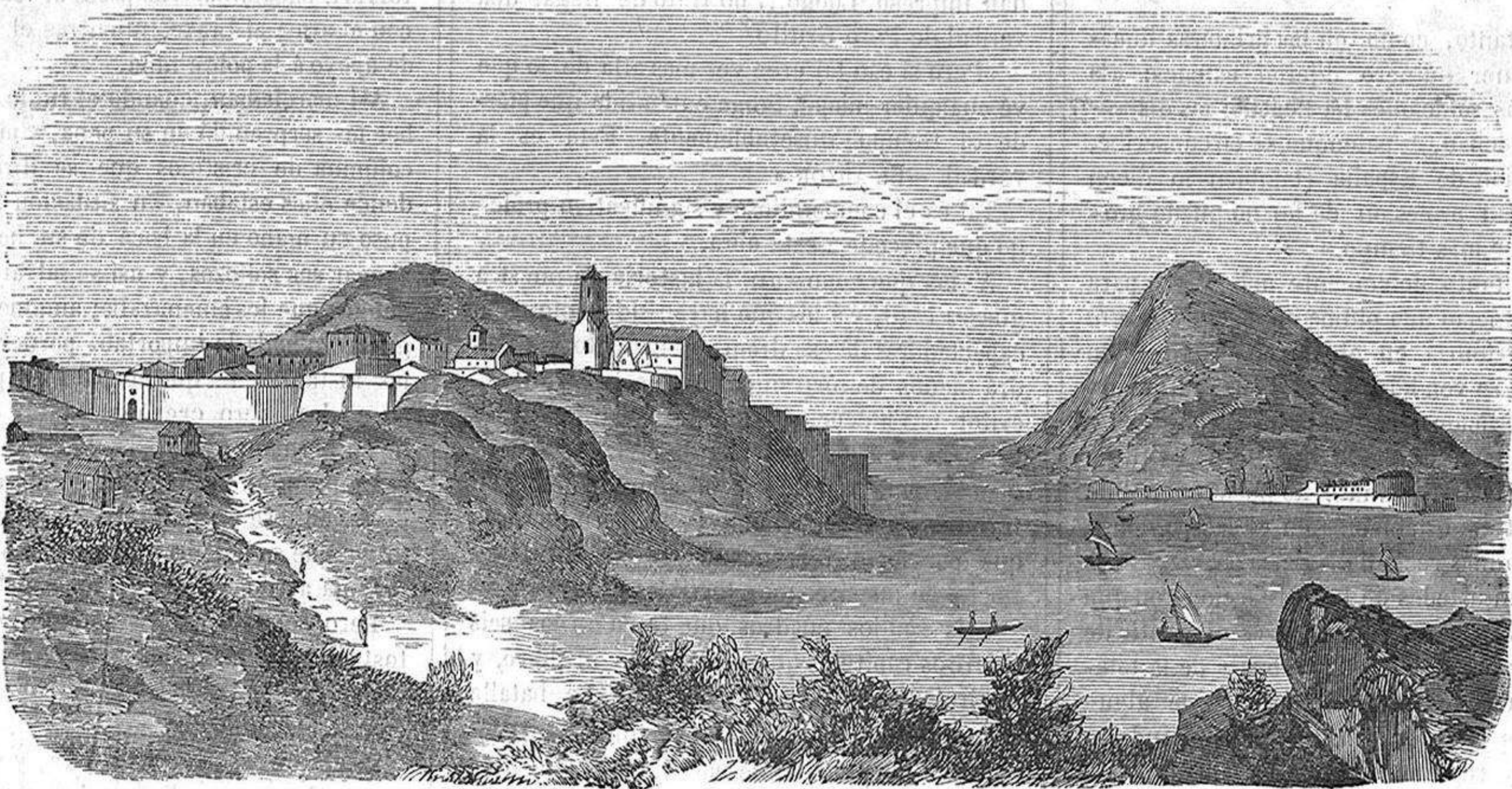
ciones más explícitas, bastaria por sí sola á demostrar que no existe divergencia esencial entre los sentimientos y apreciaciones de ustedes y los del pais á que dedican sus tareas, tales como los interpreté en mi citado escrito; así que nada tendria que replicar, si un deber de gratitud y de cortesía no me obligase á consignarlo en las presentes líneas.

Cerniéndose á grande altura en las regiones de la ciencia filosófica, consideran ustedes la política pura, y la ven apoyándose, como en sus bases fundamentales, en la moral, la economía y el derecho. Más abajo, mucho más abajo, ven los partidos en sus agitaciones, sus pasiones y sus miserias. Es verdad; los parti-

trótico, superior á las ventajas materiales del mando, á los halagos de la vanidad, al sueldo, á los aplausos de los protegidos, á la facultad de distribuir embajadas, plenipotencias ó direcciones generales entre los amigos, y gobiernos de provincia y estancos entre los lacayos.

Por eso se comprende la ambicion en un Napoleon, en un Gortschakoff, en un Cavour, en un Bismark, cuyos nombres van unidos á hechos grandes y patrióticos, que podrá á veces reprobar la moral, pero que no dejará de admirar la historia.

Comparen ustedes esos nombres con los que suenan al frente de nuestras facciones, y lo



Guetaria.

roquia, que está bajo la advocacion de San Salvador, construida en 1420. Este edificio es de tres naves, de muy atrevida arquitectura gótica, y llama mucho la atencion su mérito artístico, y muy especialmente una galería de piedra filigranada que tiene á su alrededor; pero han desaparecido muchas de las bellezas que ostentaba en su interior, y de las que apenas quedan vestigios. La guerra civil no respetó la estatua de Elcano, que sobre un pedestal de mármol se hallaba situada junto á la muralla.

Hoy es Guetaria una de las poblaciones guipuzcoanas mas pintorescas y agradables, á la que acuden muchos forasteros en los meses de verano y otoño.

### LOS PARTIDOS Y LA SITUACION.

DE MI CABAÑA DEL PIRINEO, 12 Febrero 1870.

SRES. D. JUAN CANCIO MENA Y D. JULIO NOMBELA.

Muy señores míos: La benevolencia excesiva con que acogieron ustedes mi primera epístola, y la no menos digna de mi reconocimiento con que á ella han contestado en la importante profesion de fé que encabeza el núm. 4 de su revista, aunque no contuviera ésta declara-

dos «mancillan la pureza de las doctrinas.» Más aún: entre nosotros trasforman sin el menor escrúpulo sus doctrinas, ó renuncian á ellas, y hasta á su nombre histórico, cuando así conviene á los partidarios ó partícipes. Si, como con razon se ha dicho, en todas partes es el signo característico de los partidos el tener, sabiéndolo ó ignorándolo, intereses mas ó menos distintos del interés general, en nuestra España, no solo el interés de los partidos es distinto del interés general, sino que lo es diametralmente opuesto y, casi siempre, los partidos están, no solo fuera del pais, sino contra el pais. ¿Por qué? Porque no son ya otra cosa que sociedades de socorros mútuos que tienen por objeto la satisfaccion, no de determinadas aspiraciones doctrinales, sino de individuales codicias; no la aplicacion de principios, cuya eficacia para el bienestar y la felicidad de los pueblos se ha calculado y previsto en la observacion y el estudio, sino el encumbramiento de personalidades inquietas y atrevidas, de nulidades reconocidas y declaradas, cuyos servicios y méritos al partido, tiene el partido que pagar; he dicho codicias, no ambicion, porque cabe en la ambicion algo de noble y aun de justo, cuando el ambicioso lleva alguna idea trascendental en la mente, y en el corazon algun propósito noble y pa-

que es peor, al frente de nuestra sociedad. Las facciones los abrazan y los sostienen; natural es que solo para las facciones se sostengan, que solo á ellas favorezcan á costa de la sociedad.

Y cuando tanto pueden y á tanto alcanzan esas colectividades, impulsadas por el egoismo y la codicia, ¿seria conveniente, ni justo, ni digno, que la sociedad por ellos vilipendiada y empobrecida, y agitada, se adormeciera en la inaccion con el recuerdo de lo pasado, apartando su vista de la miseria presente, y sin cuidarse del porvenir? ¿Será bien que el patriotismo verdadero enmudezca y se retire á llorar en la intimidad del hogar doméstico los males de la patria, ó quizá á olvidarlos? ¿Y que los amantes sinceros y desinteresados del bien público permanezcan pulverizados, aislados, sin cohesion, y reducidos á meditar sobre los grandes problemas de organizacion social y política? Pues esto es lo que sucede.

Hay en estos momentos en España un número considerable de excelentes ciudadanos, que se hallan en una situacion de espíritu muy parecida á la que con tanta concision como energía expresaba Ciceron, cuando urgado á la vez por Pompeyo y por César para que se afiliase en su respectivo bando, decia: *Quos fugiam scio; ad quos, nescio.* Ven cla-

rísimamente esos hombres honrados lo que deben condenar; saben perfectamente lo que su conciencia reprueba, lo que su buen sentido rechaza; pero detenidos, ya por prevenciones ó afecciones personales, ya por desconfianzas, hijas de repetidos desengaños, ó por los lunares, fiaquezas ó errores de conducta que creen advertir en todas partes, tal vez por no hallar en ninguna el ideal no bien definido que en su imaginación se forjaron, es lo cierto que no logran distinguir con tanta facilidad á dónde deben decididamente llevar su adhesión y sus fuerzas. Esa perplejidad, esas vacilaciones, constituyen uno de los caracteres de la actual situación, y no poco contribuye á que no hayan terminado los males que todos deploramos.

Y entre tanto, como en las primeras líneas de su primer número dijeron ustedes: «la época de las soluciones ha llegado; las distancias se estrechan, el palenque se circunscribe, y la situación de España (también lo dicen ustedes en su profesión de fé) no puede prolongarse por más tiempo.»

Es por tanto doblemente obligatorio para cuantos manejan una pluma en defensa de esta tierra, esgrimirla en el terreno en que tan rudamente se ven hoy atacados sus sentimientos, sus tradiciones, su espíritu, sus aspiraciones todas; y un periódico que lleva por título EL PAÍS VASCO-NAVARRO, no puede menos de ser una batería establecida en el campo donde está hoy lo más ríco de la pelea.

No duden ustedes de la satisfacción con que verán los vascongados que tal es el sentir de esa redacción; y temiendo abusar de la tolerancia de ustedes, y de la paciencia de algunos de sus lectores, concluyo felicitándoles por ello, y repitiéndome suyo afectísimo seguro servidor q. b. s. m.

U. N.

### REVISTA BIBLIOGRÁFICA.

#### ELLOS Y NOSOTROS.—Episodios de la guerra civil, por D. Gabino de Goicoechea.

El hombre que comprende y explica las grandes leyes del mundo moral, es un filósofo.

El que abarca con su inteligencia las relaciones que se refieren al modo de conservarse y perpetuarse en su especie los seres vivientes, y al modo de estar de los cuerpos, es un hombre de ciencia.

El que sabe sentir y sabe expresar fielmente sus sentimientos, es un verdadero artista.

Y artista es el autor del precioso libro que lleva por título el que sirve de epígrafe á este artículo.

Ese libro, impreso en Bilbao en el año de 1867, lo leímos con fruición y entusiasmo en la época en que se publicó, y aunque su autor es persona á quien profesamos sinceras simpatías y cordial amistad, no hemos tenido ocasión oportuna de manifestarle el placer inmenso que sus inspiradas páginas nos produjeron, ni la admiración con que contemplamos los interesantes cuadros que trazó con hábil pincel, para pintar esas escenas conmovedoras y sublimes que prestaban luz al triste y sombrío período de nuestra guerra civil.

Por eso, al abrir las columnas de EL PAÍS VASCO-NAVARRO, pagamos un tributo de justicia al distinguido escritor bilbaíno, D. Sabino de Goicoechea, recordando su obra y enviándole la felicitación más ardiente por la idea que concibió, por la forma de que supo revestirla, y por los detalles que la esmaltan.

Sirven de prólogo á este libro unas líneas tan breves como elocuentes.

El prólogo lo dedica á los suspicaces y les dice:

«No faltará algún lector avisado que vea en *Ellos y Nosotros* algo de negro y de blanco.

«Cierto: blancas son las hojas de este libro y negros son los caracteres que en ellas se han impreso. Luego... no trato de negar una verdad de Pero Grullo.

«Pero si ese tal cree ver más allá de lo que vé cualquier miope, tenga entendido que pierde el tiempo miserablemente. Esta es la verdad.—EL AUTOR.»

Tal es el compendioso y significativo prólogo que precede á esta obra.

A los que conozcan la historia de nuestra guerra civil, y á los que hayan sido actores ó espectadores de ese drama sangriento, no podrá menos de sorprenderles que haya un escritor tan excepcional que se sustraiga á las pasiones y á los rencores de esa lucha tremenda, para contar los episodios de amor, de ternura, de abnegación y de desprendimiento que por fortuna resplandecen en esa larga noche de nuestras más terribles discordias.

Seis son los cuadros que traza en los seis extensos capítulos que comprende el libro, y se titulan: La acción de Gorbea.—La batalla de Guernica.—La batalla de Arquijas.—Dolores.—La sorpresa de descarga.—La acción de Vitoria.

Las narraciones con que se describen todas las escenas, son tan vivas y tan verosímiles en general, que el lector cree oirlas de los personajes mismos que en ellas desempeñan un papel.

La frase es tan sencilla y tan elocuente á la vez, que hiere las fibras más delicadas del corazón; y la enseñanza que presta es tan provechosa, que nunca se encarecerá lo bastante, porque al descubrir los afectos más ocultos del alma, al mostrar aquellas tiernas emociones que en momentos críticos y supremos convierten al hombre en héroe ignorado; al dar á conocer tantos y tan sublimes rasgos de caridad cristiana, recuerda con voz santa á todos los que toman parte activa en las contiendas civiles, que son prógimos, que son hermanos, que tienen un mismo origen, que están llamados á los mismos fines, y que la tierra es un lugar de prueba y sacrificio para sobreponerse á los malos instintos y para practicar el bien.

Vamos á continuar nuestro análisis sobre *Ellos y Nosotros*, y para el efecto hemos abierto este libro, encontrando desde sus primeras páginas un mérito tan sobresaliente, dada la naturaleza de la obra, que no resistimos la tentación de trasladar á nuestras columnas algunos fragmentos de la primera escena que se describe, porque esas páginas tan preciosas no se aprecian por su referencia, sino por su propia lectura.

En esas primeras páginas se pinta una escena conmovedora.

El que habla es un aldeano que representa tener cincuenta años. Recuerda un triste episodio de su campaña en las filas carlistas. Es el episodio que empezó con la muerte de su madre y terminó con otra desgracia.

Al separarse del campamento para recoger el último suspiro de su moribunda madre, no tardó en verla espirar entre sus amantes brazos.

Y al lado del cadáver de su madre, lloraba angustiada y triste una joven huérfana. Era la única hermana del soldado, que solo contaba diez y seis años.

Media hora después de esta triste escena, volvía á encaminar sus pasos al campamento, con el arma al brazo, mientras el otro servía de apoyo á la pobre niña.

Así marchaban, cuando el ruido de un tambor les sorprendió en su pena, y pudo ver una columna de cristinos que se dirigían hacia donde ellos estaban. En situación tan crítica, puso su mano en la boca de su hermana para ahogar sus sollozos, y así se salvaron del gran peligro que les amenazaba; aunque al valiente guerrero nada le importaba perder su vida en los instantes en que acababa de perder la de su madre, pero creyó que debía defender la de su hermana.

Emprendieron de nuevo su marcha, cuando de repente se encuentran con un soldado enemigo que se hallaba indefenso, pues su fusil lo tenía arrojado junto á un árbol.

Pero dejemos hablar al aldeano; copiemus testualmente las palabras con que se refiere la historia.

«Echéme el fusil á la cara, y soltando un tremendo taco me dispuse á cometer un crimen. Porque no otro nombre merece la muerte dada á un semejante indefenso, casi casi á traición.

¡Madre! fué la sola exclamación de mi adversario cuando al oír el ruido del gatillo, á la vez que mi juramento, se encontró su vista en dirección del cañón. Solo este nombre de madre tan sagrado, y más aún para mí en aquellos momentos, pudo hacerme vacilar, dando tiempo á que mi hermana María gritase, ahogada por el llanto:

—¡Detente, Juan! ¡No le mates, por Dios!

El prisionero, que acababa de salvar milagrosamente su vida, echó á andar hacia adelante obedeciendo á su enemigo, pero después de un cuarto de hora de silencio, le preguntó:

—¿A dónde me llevas?

—Pocas palabras, que no tengo ganas de conversación, le contestó.

Anduvo el cristino algunos pasos, y le dijo de nuevo:

—No me muevas de aquí, si no me dices á dónde vamos.

Irritado el carlista por tal resolución, por tal actitud, levantó uno de los dos fusiles que llevaba, con ánimo de dejarlos caer sobre aquel inteliz, pero su hermana le agarró del brazo, gritando:

—¿Qué vas á hacer, Juan? ¡Nuestra madre te mira de allí arriba!

Estas palabras le hicieron entrar en reflexión; pero el prisionero, sentándose junto á

un árbol, repitió con acento mas firme que antes:

—¡No! ¡No me muevo, mientras no me digas á dónde me llevas!

—¡Ira de Dios! Tú te has propuesto acabar con mi paciencia, y lo vas á conseguir.

—Pero, tiene razon, repuso la hermana. ¿Por qué no le dices á dónde vamos? Yo se lo diré á V. Vamos á Aladiano.

Mudó de color el cristino al oirlo, y dijo en tono desfallecido:

—Entonces, lo mismo me da que me maten aquí que allí.

—¿Por qué le han de matar á V.? ¿Verdad que no le matarán? dijo María, dirigiéndose á su hermano.

—No, creo que no... Esto le dije, despues de un momento en que no supe qué contestar á una pregunta tan sencilla como inocente. Así lo confesaba el aldeano que referia este triste suceso, añadiendo que al fin debió hacerlo tan mal, que su hermana comprendió que no tenia conciencia de lo que habia dicho.

—¡Oh! Esto es horroroso, dijo interponiéndose entre mi adversario y yo.

—Luchando en mi interior, continuaba el aldeano, entre acabar con aquel hombre ó dejarle completamente libre, pues no veia mas caminos que uno de los dos, oí que decia á mi hermana:—Sepárese V., jóven; bastante ha hecho V. ya; Dios y mi madre se lo pagarán á usted.

¿Qué pasó por mí en aquel instante para que separando á mi hermana con una violenta sacudida me adelantara resuelto á acabar de una vez con el prisionero? ¡Miserable de mí! Me habia cegado la envidia. Si, tuve envidia de aquel hombre que, no obstante la posición en que se encontraba, era mas dichoso que yo. ¡Tenia madre!

Decidido á consumir el delito, apunté con uno de los fusiles al pecho del soldado, y tiré del gatillo fatal.

¡Oh! ¡Bendito Dios mil veces, que no quiso se ejecutara aquel horrible crimen.

Por una feliz casualidad, efecto del furor que me cegaba, habia tirado mi arma al suelo, y validome de la del prisionero, que estaba descargada.

Púsose en pié este al ver mi equivocacion, no podré decir si con ánimo de acometerme ó con el de huir. Mi hermana se agarró á él, y yo, avergonzado del papel que estaba haciendo, no pude menos de exclamar:

—¡Soy un malvado!»

Con los precedentes detalles empieza el primer capítulo del libro que analizamos, y por los primeros de un episodio interesante, triste y conmovedor.

Los límites de un artículo crítico nos impiden estendernos tanto como lo hiciéramos si nos inspirásemos en las mágicas impresiones que nos produce esta obra. Y sin embargo, á fuer de amantes de la verdad, no prescindiremos de señalar algun defecto que en ella hemos notado. Ese defecto es cierta inverosimilitud que se observa, no en los hechos mismos, sino en verlos recargados sobre determinados personajes.

Por lo demás, creemos que los episodios mas interesantes son datos que afanosa y solícitamente supo adquirir el autor para escribir

un libro en el que abundan las escenas de ternura y los rasgos mas gloriosos, libro que al descorrer el denso velo que oculta los hechos mas nobles y las acciones mas heroicas de la guerra civil, eleva hasta la apoteosis el hidalgo carácter y el noble corazón de los españoles, y acredita los levantados sentimientos y generosas aspiraciones de quien con mano maestra supo trazar unos cuadros tan sublimes, del escritor vasco-navarro, Sabino de Goicoechea.

JUAN CANCIO MENA.

## LOS INDIANOS.

NOVELA.

(Continuacion.)

V.

### Las seducciones.

¿Qué decia la carta que escribió José María á Dominica?

No me es posible reproducirla ahora sin cometer una indiscrecion.

Baste al lector saber que la jóven lloró mucho despues de leerla; y ¡cosa estraña! conoció que amaba con toda su alma á José María y que era digno de su amor.

Sus dos amigas olvidaron al poco tiempo al héroe de la pequeña novela que se habian forjado: solo de tarde en tarde pronunciaban su nombre.

Dominica cambió por completo de modo de ser.

Antes era expansiva y se hizo reservada.

En vez de pasear, leia y releia los libros que le habia dejado el maestro de escuela de Narbarte, y rezaba mucho, porque era el único consuelo de su alma pedir á Dios amparo y proteccion para el navegante.

Así las cosas, no tengo mas remedio que abandonar las hermosas montañas de Navarra para buscar á los viajeros, asistir á su despedida, verlos llegar á Bayona, embarcarse y surcar el mar, camino de la fortuna.

Ciento y tantos eran entre hombres, mujeres y niños los que debia trasportar á Montevideo el bergantin *San José*.

Eran navarros, guipuzcoanos, vizcainos y algunos de la montaña de Santander.

El punto en donde debian reunirse todos era en San Sebastian.

Los cuatro ó cinco agentes encargados de promover la emigracion acudieron, cada cual con los suyos, á San Sebastian, y al lado de los contratados iban sus mas cercanos parientes, que no querian darles el último adios hasta que se embarcaran.

Algunos iban solos: sus familias no habian podido proporcionarsr por falta de recursos el placer de acompañarlos hasta San Sebastian ó hasta Bayona.

Notábase en el conjunto de aquel cuadro una mezcla de alegría y de tristeza que escitaban un vivo interés.

Tenian aquellas figuras algo de grande y algo de pequeño: el heroismo de surcar el mar en busca de lo desconocido; el resplandor siniestro de la codicia, que les escitaba á tomar aquella resolucion.

¿En qué consiste, preguntan muchos, que siendo el país euskaro un país tan honrado y

tan bueno le abandonan sus hijos á bandadas?

Esta pregunta parece envolver una acusacion.

Contestaré, sin embargo: consiste precisamente en la misma honradez que caracteriza á sus moradores.

Las familias son numerosas, el suelo produce á fuerza de un rudo trabajo, y antes que caer en la ociosidad, antes que buscar empleos ó entregarse á los vicios, prefieren dejarse engañar por la esperanza, y aunque con una pena que los mata lejos de su país, le abandonan para ir en busca de fortuna, pero sin otro afán que el de volver á sus queridas montañas á hacer felices á sus padres ó á sus hijos, á sus hermanos ó á sus paisanos.

Algunos navieros explotan estos deseos, y como saben que en la América del Sur se estiman en lo que valen las nobles prendas de los vascongados, hacen con ellos un comercio que por humanidad debian impedirlo los naturales protectores de los infelices que se dejan explotar.

Los medios de que se valen para seducirlos son ingeniosos, pero en extremo censurables.

Llegan los agentes á los pueblos, se informan de la situacion de las familias y aprovechan la pobreza, el desaliento, los disgustos de familia, todo, para arrancar de su casa á la jóven que, fatigada del trabajo y sin ganar apenas para vestirse, anhela un porvenir; al jóven robusto que apenas saca de la tierra que cultiva el maiz para el pan.

Halagos, seducciones, dádivas, todo lo emplean los agentes, y aunque no siempre logran su objeto á la primera tentativa, parten seguros de que en otro viaje harán mayor número de prosélitos.

Siempre logran cazar á algun incauto: esto basta.

Una jóven consigue el permiso de sus padres ó se va sin él á servir á Buenos-Aires ó á cualquier otro punto de la América meridional.

Ya veremos despues lo que sucede en los viajes. Figurémonos ahora que llega sana y salva, lo que no ocurre siempre; lo primero que le aconsejan los agentes es que escriba á su pueblo.

—Mira, le dicen, es necesario que te envíen las amigas que no han querido acompañarte. Escribe á tus padres diciéndoles que te has acomodado muy bien, que te han señalado un crecido salario, que estás muy contenta; y para probarles que dices la verdad, envíales dinero.

—Si no tengo.

—No importa, nosotros lo adelantaremos.

—Entonces, sí; mis pobres padres lo agradecerán.

—Además les envias tu retrato.

—¡Ay! sí; cuánto darir por poder enviárselo.

—Pues nada mas fácil.

—¿Y cómo?

—Nosotros te adelantaremos el dinero para costearlo.

Y la pobre jóven, ébria de gozo, se propone pagar con creces aquellos favores.

El retratista está prevenido.

—Mira, le dice, ponte un vestido mejor; entra en ese cuarto y hallarás uno muy boni-

to: allí tienes también una cadena y un reloj, y muchos anillos; pónelos, y saldrá mejor el retrato.

—Sí, sí, se dice la joven; al verme así mis amigas del pueblo, me envidiarán.

Y se viste de prestado, y se adorna con aquellas tentadoras alhajas, y envía su retrato al pueblo, y media onza á sus padres, y declara que ya está cerca de la fortuna.

Todo esto produce en el pueblo el objeto deseado por los navieros, ó los agentes de la emigración.

—Ha habido carta de Fulana, se dicen unas á otras.

—¿Y qué cuenta?

—Que le vá muy bien. Apenas llegó, se colocó, y ha enviado dinero á sus padres, y en el retrato que ha mandado también, está vestida con mucho lujo, y ya tiene cadena, y reloj, y pendientes, y sortijas.

—¿Tan pronto?

—Yo lo creo: sí allí se llega, y se enriquece uno en seguida.

Esto basta para que la envidia se apodere del alma de aquellas desdichadas, para que sueñen con la cadena y las sortijas, para que esperen con ansia al naviero, para que caigan en la red, para que España se prive de las virtudes que para el trabajo tienen los vascongados y navarros.

Pero ya veremos prácticamente todo lo que pasa en estas emigraciones.

Volvamos nuestros ojos al muelle de Bayona para asistir al embarque de los compañeros de José María.

(Se continuará.)

## MADRID.

El espectáculo que están dando estos días los partidos políticos, sería divertido si no trajese consecuencias dolorosas.

En la Puerta del Sol, en la Carrera de San Gerónimo, en los cafés, en los teatros, no se oyen más que estas ó parecidas conversaciones.

—¡Parece que se conspira!

—Y mucho.

—Los unionistas, ¿eh?

—No señor, son los moderados.

—Están ustedes en un error; son los carlistas.

—Nada de eso, son los republicanos.

Y la mayoría del país, esa numerosa clase que solo ansía paz, honra, trabajo, bienestar, presencia este juego, y se alarma con razón.

¿Quién emprende un negocio, si no sabe dentro de un mes lo que sucederá?

¿Quién hace un cálculo? ¿Quién forma una esperanza?

Yo quisiera que pudieran reunirse un día los millares de españoles, que aunque separados por el nombre piensan lo mismo en el fondo; esa multitud de personas honradas, justas, amantes de la patria, amantes del orden, ávidas de la verdadera libertad.

El resultado de esta reunión sería edificante.

—Yo soy republicano, diría uno, pero quiero orden y justicia, trabajo y paz. Mis mayores enemigos son las turbas ignorantes y perezosas, los que sueñan en el saqueo, los que creen que la libertad es un derecho sin deberes.

—Yo soy carlista, diría otro; quiero á Don Carlos porque la razón, el derecho y la conveniencia constituyen la legitimidad; le quiero, además, porque para mí representa la tradición de la monarquía popular, la unión del rey y el pueblo sin esa especie de antesala que se llama gobierno representativo; le quiero porque representa á mis ojos el fin de esas calamidades que se llaman empleomanía, luchas electorales, prensa apasionada y agitadora, el restablecimiento del orden, el respeto de la ley, únicos medios de que viva y prospere el trabajo; así, pues, lo que quiero es orden y justicia, trabajo y paz.

—Yo soy liberal, diría otro, porque he vivido en la época del absolutismo, y me horroriza pensar en los crímenes que encierra. Yo quiero leyes hechas por los representantes del pueblo, pero no que éstos mismos representantes las infrinjan, ó absuelvan al gobierno que las vulnera; yo reconozco la soberanía nacional, pero condeno á los que la representan, cuando no son más que coristas de un gobierno hipócrita; yo quiero la libertad, porque iguala á los hombres ante la ley, porque ensancha las vías de la actividad humana; pero la libertad no puede existir sin orden y justicia, sin paz y trabajo.

Así se expresarían los hombres honrados de los tres grandes partidos de España.

Ahora bien: ¿por qué pensando todos del mismo modo no logran entenderse?

Pues es porque á la sombra de estos partidos hay hombres vividores, ambiciosos, capaces de todo por conseguir el triunfo; y estos hombres son los que arrastran á los pueblos á las revoluciones, á las desoladoras guerras civiles.

—Con las libertades actuales, dicen hoy los que cobran pingües sueldos, todos los partidos pueden hablar; que pidan el triunfo al sufragio.

Esto es... una figura retórica, por no decir otra cosa.

Por desgracia, desde Cain hasta Troppman, los que tienen la fuerza triunfan durante algún tiempo de los que tienen la razón; y no hay ejemplo en el mundo, con sufragio ó sin él, de que un gobierno haya perdido unas elecciones.

Un plebiscito honrado salvaría á España: cualquiera que triunfase tendría la verdadera fuerza, la que se necesita para salvar á un pueblo; pero para que ese plebiscito fuese verdad, sería preciso desarmar á todo el mundo, ó dar armas á todos los españoles; sería preciso que el amor de la patria reemplazase en los hombres á las miras y á las pasiones personales.

Esto es imposible, y por lo mismo, es inminente la lucha; así es que las conversaciones que se oyen en Madrid, si no son ecos de la verdad, son por lo menos manifestaciones del temor que todos abrigan.

Nosotros, que anhelamos la paz á cualquier precio, deploramos lo que sucede, lo que puede suceder, y lamentamos más aún, que el gobierno, previsor sin duda, pero en nuestra opinión poco político, lleve gran número de fuerzas á las provincias Vascongadas y Navarra.

Los ejércitos, agasajados al pasar por los pueblos cuando van á defender la independencia de la patria, alteran la tranquilidad y mo-

lestán á los pueblos cuando van á vigilarlos, á ponerse al lado de un partido ó de una idea. Los que adquieren esta fuerza se envalentanan, provocan á sus adversarios, y no hay guerra civil que no la haya encendido la desesperación.

Doloroso será que el patriarcal y honrado país vasco-navarro se vea empeñado de nuevo en una guerra: la historia cuenta que nunca ha consentido que se alteren sus costumbres.

Respetando su honradez, su amor al trabajo, se conseguiría más que demostrando desconfianza.

Acaso me equivoque: no lo creo, pero no me parece meditada la disposición de llenar de soldados á un país que si ante la ley justa doblega su frente, está acostumbrado á morir luchando por sus tradiciones y sus costumbres.

Pero hablemos de cosas menos tristes. De algún tiempo acá han debido multiplicarse en España los hombres de mérito y las virtudes cívicas: no hay día en que no anuncien los periódicos la concesión de grandes cruces, encomiendas, etc., etc. Esto consuela; pensar que abundan en España las virtudes, las cualidades, y que se premian como es debido! En pocos países sucede lo que en el nuestro: estoy por decir que en ninguno.

Hace poco decían los periódicos humorísticos que el cuarto poder era la *Tertulia progresista* de Madrid; el quinto empieza á serlo una compañía de la porra que, según dicen, hay en esta villa, la cual espresa sus opiniones con una lógica irresistible.

Esta compañía ha hecho suspender las representaciones de la *Carmañola*, drama que ha producido un escándalo sin merecerlo, porque su importancia es escasa, y lo único que le ha dado interés es el barniz político.

La misma compañía que tiene la bondad de avisar, lo cual en medio de todo es una galantería, tiene ahora entre ceja y ceja á la *Juventud católica*.

Las autoridades la dejan funcionar á sus anchas, ó por lo menos así lo parece... ¡vivimos, pues, en Jauja!

Muchos de los bailes preparados para solemnizar el Carnaval han tenido que suspenderse por la muerte de algunas personas de la aristocracia y enfermedad de otras.

Sin embargo, todo hace esperar un Carnaval muy animado.

JULIO NOMBELA.

## ADVERTENCIAS.

Con el objeto de dejar espacio á los artículos con que nos favorecen los escritores vasco-navarros, reduciremos en lo sucesivo las correspondencias que publicábamos, á una breve sección de noticias, en las que alternarán las de las provincias con las más importantes del extranjero.

Recibimos en el momento de entrar en prensa el número, interesantes noticias de Vitoria, que en el próximo publicaremos.

En la seguridad de que los nuevos suscriptores desearán tener la colección completa, conservamos ejemplares de los números que han salido hasta ahora.

Tipografía de José García, calle de la Cabeza, 36, bajo